

La vejez como problema histórico. Una agenda de investigación¹

Hernán Otero*

Resumen

La historia de la vejez se ha constituido desde los años ochenta como un campo de indagación relevante, tanto por el creciente interés de su objeto de estudio en la agenda pública como por ubicarse en la encrucijada de la demografía histórica, la historia de la población y la historia social en general. Partiendo de esta constatación, el texto analiza, en primer lugar, las múltiples dificultades teóricas y metodológicas del estudio histórico de ese colectivo etario. En segundo término, recorre la principal producción historiográfica existente con el fin de proponer una agenda de investigación, atenta a las fuentes y problemas específicos del caso argentino.

Palabras clave: vejez - clases de edad - historiografía - Argentina

Abstract

The history of old age has become a field of relevant research since the eighties, both by the growing interest of its subject matter on the public agenda and by its location at the crossroads of historical demography, population history, and social history in the main. With this in mind, the text analyzes firstly the multiple theoretical and methodological difficulties of historical study of that age group. Secondly, it scours the main existing historiographical production in order to propose a research agenda, mindful of the sources and specific problems of the Argentine case.

Key Words: old age - age class - historiography - Argentina

Recepción del original: 04/08/2015

Aceptación del original: 15/09/2015

* Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (IGEHCs), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA).
E-mail: hernan.otero@speedy.com.ar; hernan.otero@conicet.gov.ar

¹ El presente texto forma parte de un proyecto mayor titulado "La vejez antes del envejecimiento. El caso argentino, 1850-1950", financiado por el CONICET.

Introducción

La vejez es la última etapa de la vida humana que ha recibido la atención de los historiadores, tanto por razones historiográficas como por las dificultades heurísticas y metodológicas que esa clase de edad presenta al estudioso del pasado.

Esta situación comenzó a cambiar en la historiografía europea a partir de la década del ochenta por dos factores concurrentes. Por un lado, debido a la crisis de la historia social y la progresiva emergencia -no, desde luego por su novedad en sí, sino por su intensidad relativa- de criterios de estratificación social complementarios de las clases sociales, como las clases espaciales, de género y de edad. Al fin de cuentas, toda historia social es una historia de clases y de proporciones de clases dentro de un complejo sistema de grupos y de jerarquías sociales, pero las clases no son únicamente de base socio-económica, en el sentido que ese término asume en las formulaciones sociológicas clásicas, tanto funcionalistas como marxistas.

Por otro lado, por el impacto del envejecimiento demográfico, ya que -siguiendo una dinámica bien conocida de los estudios de población- los problemas de la agenda política del presente apelan, tarde o temprano, al estudio de la génesis y de las características de esos mismos problemas en el pasado. Como es sabido, el envejecimiento de la población producido por las decisivas transformaciones de la transición demográfica (en esencia, la baja de la mortalidad y la natalidad), visible desde principios del siglo XX en los países pioneros de la transición, se convirtió en un problema de progresiva centralidad a partir de la segunda guerra mundial hasta constituir uno de los temas centrales de la agenda demográfica actual, tanto en los países desarrollados como en los en vías de desarrollo. *Mutatis mutandis*, lo mismo ocurre con el amplio campo de fenómenos que constituyen el objeto de la gerontología, cuyos temas pueden ser trasladados también al pasado.

Si bien las problemáticas evocadas -el envejecimiento demográfico y la creciente importancia de los ancianos en la sociedad actual- se hallan presentes en el caso argentino desde fines del siglo XIX, por fijar unos parámetros temporales deliberadamente amplios, la historiografía argentina, al igual que la del resto de Latinoamérica, ha prestado muy escasa atención a la historia de la vejez.

La historia de esta clase de edad reconoce, en principio, dos períodos bien diferenciados que tienen como punto de ruptura central la generalización de los sistemas jubilatorios, fenómeno que en la Argentina ocurre en las décadas de 1940 y 1950, durante el peronismo histórico, ya que para 1954, año de creación del Instituto Nacional de Previsión Social, la cobertura jubilatoria alcanzaba a la casi totalidad de la población económicamente activa. La importancia de los sistemas jubilatorios difícilmente pueda ser exagerada ya que la jubilación a gran escala supuso una clara ruptura en el ciclo de vida (del que devino una suerte de institucionalizado rito de pasaje), garantizó niveles mínimos de subsistencia a la población mayor, redefinió derechos y obligaciones y alteró las representaciones y prácticas tanto de ese colectivo etario como de la sociedad en su conjunto.

Al igual que en otros contextos, la generalización de la jubilación en el caso argentino acompañó otras evoluciones igualmente relevantes, en particular la de la mortalidad. La esperanza de vida al nacimiento de ambos sexos reunidos pasó de 32,9 años en 1869 a 48,5 en 1914 para superar los 60 en 1947 (61.1 años), umbral habitualmente utilizado para mostrar que la transición de la mortalidad ha avanzado de modo significativo. Conforme a lo esperable, la esperanza de vida a edades más avanzadas tuvo mejoras relevantes pero menos espectaculares: la expectativa a los 60 años pasó de 12,1 a 13,5 y 15,7 años en las mencionadas fechas, respectivamente. Fruto de la evolución de la mortalidad y de la natalidad, a las que se sumó en el caso argentino el notable impacto del alud migratorio ultramarino, la proporción de ancianos (personas de 65 años y más) pasó de 2,4% en 1914 a 3,9 % en 1947 y a 7% en 1970. Expresado en los términos y criterios de Naciones Unidas,

la pirámide de población “joven” hasta el tercer censo de 1914, devino “madura” en 1947 para convertirse en “vieja” en 1970.²

Los cambios ocurridos en sede demográfica tuvieron impacto en diferentes ámbitos, entre los que se destaca, en primer lugar, la reflexión doctrinaria, gracias a la emergencia del envejecimiento demográfico como problema científico y político en la pluma de autores como Alejandro Bunge. Conforme a las interpretaciones dominantes en países occidentales como Francia e Italia, los temores sobre la denatalidad, claramente visible desde 1930, dieron lugar a una interpretación particularmente crítica y catastrofista del envejecimiento demográfico. Igualmente significativo, aunque de impacto menos evidente en el corto plazo, fue el reconocimiento de los derechos de la ancianidad, incluidos en el artículo 37 de la constitución de 1949. En otra clave, se destacan los avances en campos de saberes y prácticas particulares como los que testimonia la creación de la Asociación Gerontológica Argentina en 1951.

Los límites temporales evocados son naturalmente orientativos y difusos, como ocurre con toda periodización social, pero permiten definir claramente un amplio período -la etapa prejubilaria- al que consagraremos las reflexiones del presente texto. La historia de la vejez continúa, desde luego, después de la generalización de los sistemas jubilatorios pero con una dinámica y una naturaleza diferente tanto en el nivel macrosocial como en las prácticas y representaciones de las personas, aunque el pasaje de la etapa prejubilaria a la de la generalización de la cobertura apela también por futuros estudios.

Partiendo de estas consideraciones generales, el presente texto abordará en primer lugar los problemas heurísticos, teóricos y metodológicos, con énfasis en las complejidades derivadas del concepto de clase de edad, que hacen de la historia de la vejez un campo particularmente arduo para el investigador. En segundo término, se propondrá un recorrido historiográfico de las principales producciones existentes que nos permitirá definir algunos temas de la necesaria agenda de trabajo que exige este campo en el caso argentino.

¿Una historia imposible?

A pesar de sus ventajas más evidentes, como la de ser un “enjeu político y moral”,³ que interpela tanto al individuo como a los poderes públicos en la medida que la vejez representa una suerte de ciudadanía incompleta en el plano de la ejecución efectiva de derechos, y la de constituir un tema en estrecha vinculación con otros campos disciplinares, como la historia de la familia, la historia de la vejez se presenta como un terreno de muy difícil realización. Tales dificultades llevaron a Simone de Beauvoir, en su pionero y monumental trabajo de 1970, a afirmar sin ambages que “es imposible escribir una historia de la vejez”.⁴ La dificultad del tema deriva de diversos aspectos de múltiple naturaleza que van desde el plano metodológico hasta el teórico aunque, claro está, tales dimensiones no puedan disociarse tan fácilmente.

El primer problema, sin duda crucial para el análisis histórico, es el heurístico y consiste en la relativa escasez de fuentes específicas sobre este grupo de edad pero, sobre todo, en la invisibilidad de los ancianos en las fuentes históricas en general, ya que, como lo notó la

² Sobre el envejecimiento demográfico en la Argentina ver Nélide REDONDO, “Composición por edades y envejecimiento demográfico”, Susana TORRADO (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, t. II, pp. 139-175.

³ Según la justa expresión de Jean-François BICKEL y Stefano CAVALLI, “De l'exclusion dans les dernières étapes du parcours de vie. Un survol”, *Gérontologie et Société*, núm. 102, 2002/3, pp. 25-40. La cita en p. 36.

⁴ Simone de BEAUVOIR, *La vejez*, Buenos Aires, Debolsillo, 2011, p. 108.

propia de Beauvoir, salvo excepciones los viejos son asimilados al conjunto de la población adulta. Este problema es particularmente notorio en las fuentes cualitativas, fuentes que además presentan un grave sesgo de representatividad ya que remiten por regla general a las clases privilegiadas. Este sesgo de clase no es desde luego específico de este campo temático ya que ha sido señalado también para otras etapas de la vida, como la infancia y la adolescencia,⁵ pero alcanza mucha mayor incidencia en la historia de la vejez tanto por su menor presencia numérica como porque la niñez y la juventud adquirieron visibilidad como problema social en la opinión pública mucho más tempranamente.⁶

La menor presencia de los viejos en las fuentes históricas obliga a plantearse la pregunta acerca de si existe una relación entre la visibilidad social de un grupo de edad y su peso proporcional en la población. Más claro aún, ¿se habla poco de los viejos en el período pretransicional porque son una rareza estadística? La evolución de las proporciones de población anciana permite en principio dar una respuesta afirmativa ya que el incremento proporcional de los ancianos en el total de la población coincide, en el largo plazo, con su progresiva visibilidad para los observadores, como lo evidencia la emergencia de la teoría del envejecimiento demográfico a fines de la década de 1920. Esa relación directa se halla presente también en otros colectivos etarios como lo sugiere la literatura sobre el impacto demográfico y cultural de los *baby boomers* de la segunda posguerra.

A pesar de ello, conviene matizar las asociaciones mecánicas del determinismo demográfico, ya que la importancia de un grupo de edad se calibra también en función de las formas de organización de una sociedad y de los fines que imperan en la misma. Como postulan Gutiérrez y Ríos, “envejecer en una sociedad organizada estructuralmente para la guerra o en otra organizada para el consumo producirá sin lugar a dudas *ethos* diferentes entre los individuos que comparten una misma edad.”⁷ Lo mismo se puede plantear para otras finalidades sociales culturalmente relevantes como la transmisión de la experiencia de una generación a otra, fenómeno característico de pueblos sin escritura y de sociedades orientales, sin que tales asociaciones constituyan en modo alguno reglas estables. Otro elemento que permite matizar el determinismo del número es el hecho de que, con frecuencia, la visualización social de un grupo de edad puede aumentar precisamente cuando el mismo deviene menos numeroso, haciendo más valiosos a sus integrantes, como lo postula la conocida tesis de Philippe Ariès sobre el descubrimiento de la infancia en Occidente.⁸

En suma, las relaciones entre peso estadístico e importancia y visibilidad en las fuentes permiten esquematizaciones operacionales de utilidad, siempre que tengamos presente que se trata de relaciones posibles pero no automáticas ni universales en las que el número es un factor entre muchos otros. Debe diferenciarse asimismo la importancia y visibilidad

⁵ Ver, por ejemplo, Egle BECCHI y Dominique JULIA (dirs.), *Histoire de l'enfance en Occident*, Paris, Seuil, 1998, dos tomos; Giovanni LEVI y Jean-Claude SCHMITT (dir.), *Historia de los jóvenes*, Madrid, Taurus, 1996, dos tomos; y Ludvine BANTIGNY e Ivan JABLONKA (dirs.), *Jeunesse oblige. Histoire des jeunes en France, XIXe-XXIe siècle*, Paris, PUF, 2009.

⁶ El célebre *Informe sobre el estado de la clase obrera* (1904) de Biallet Massé suministra un ejemplo particularmente claro de ello ya que se basa en la focalización sistemática del “trabajo de las mujeres y los niños” (es decir una categoría de género que no distingue edad y otra de edad que no distingue género), por un lado, y el mundo de los hombres en general, en el que muy raramente se distingue un límite de edad superior. Sobre el particular ver Hernán OTERO, “Trabajo y vejez en el período prejubilariorio. Hipótesis sobre el caso argentino, 1850-1950”, *VI Encuentro Regional de Estudios del Trabajo - Pre-Aset 2015*, Tandil, PROIEPS, Facultad de Ciencias Humanas, 8 y 9 de junio de 2015.

⁷ Eugenio V. GUTIÉRREZ y Patricio S. RÍOS, “Envejecimiento y campo de la edad: elementos sobre la pertinencia del conocimiento gerontológico”, *Última Década*, Valparaíso, núm 25, diciembre de 2006, pp. 11-41. La cita en p. 14.

⁸ Philippe ARIÈS, *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus, 1987.

de la clase de edad en términos macro, por un lado, y la que experimentan los individuos ya que muchos fenómenos de aumento de visibilidad de un colectivo etario pueden ir acompañados de estancamiento o incluso retroceso de la situación de sus integrantes.

Otro problema, también destacado por de Beauvoir, es que “la vejez como destino biológico es una realidad transhistórica” y ello a pesar de que “ese destino es vivido de manera variable según el contexto social.”⁹ Si bien la biología humana no es un parámetro constante, la realidad biológica de las personas ha variado lentamente a lo largo del tiempo, al menos hasta los decisivos cambios operados en la mortalidad durante el proceso de transición demográfica. Vistos en el largo plazo, dichos cambios han sido muy recientes, *grosso modo* a partir del siglo XVIII en el caso de los países pioneros de Europa occidental, como Inglaterra y Francia, y de fines del siglo XIX y principios del siguiente en la Argentina. Las transformaciones en la mortalidad permitieron la disminución o desaparición de múltiples enfermedades y, sobre todo, prolongaron la duración de la vida humana sin problemas de salud; éstos no han desaparecido, desde luego, pero ahora afectan a los individuos en etapas más tardías de la vida humana. La diferencia de calendarios de discapacidad -más tempranos en el pasado, más tardíos hoy gracias al avance de la medicina, aunque dicho avance posibilita también el aumento de discapacidades inexistentes o menos frecuentes antes- no impide sin embargo que ciertos elementos de la fase final de la existencia -el deterioro físico y/o psíquico- permanezcan como elementos más o menos constantes a lo largo de la historia.

De manera más contundente que en el plano biológico, el carácter transhistórico de la vejez puede declinarse también en sede filosófica, gracias a la asociación entre vejez y muerte: aunque la muerte no se asocie siempre a la vejez, ésta se halla íntimamente ligada a ella.¹⁰ Es precisamente esa cercanía existencial la que ha extendido a la vejez parte del tabú de la muerte, tanto en el plano de las representaciones sobre la vejez y los viejos, como en lo relativo al estudio histórico propiamente dicho. A diferencia de la muerte, sin embargo, la vejez no ha ido acompañada ni de estéticas ni de rituales particulares que la teatralicen, otro elemento que contribuye a la menor densidad del material heurístico disponible.

Con las matizaciones del caso, las dos persistencias mencionadas (la biológica y la filosófica existencial) dificultan la reflexión histórica sobre la vejez en al menos dos sentidos. En primer lugar, obstaculizan la necesaria periodización sobre las actitudes y representaciones, ya que la vejez en tanto hecho transhistórico “suscita cierto número de reacciones idénticas”,¹¹ afirmación que remite tanto a las representaciones negativas como a las positivas o, para ser más justos, a la combinación de ambas, como lo sugiere el concepto de “ambivalencia”. En segundo término, e íntimamente ligado a lo anterior, la vejez interpela psicológica y filosóficamente por su enorme carga de identificación, lo que explica que una parte sustantiva de la bibliografía existente sobre el particular

⁹ Simone de BEAUVOIR, *La vejez...* cit., p. 16.

¹⁰ Entre muchas otras asociaciones en igual sentido: “Las distintas formas de concebir la muerte [...] también generan diferencias en la propia concepción de la vejez. Es la muerte lo que da sentido a un tiempo de la vida que se caracteriza por su proximidad a ella, como la infancia se caracteriza por su proximidad al nacimiento: dos extremos entre los cuales adquiere sentido el ser humano”. Pablo MÉNDEZ GALLO, “La concepción social de la vejez: entre la sabiduría y la enfermedad”, *Zerbitzuan*, Ekaina, núm. 41, junio 2007, pp. 153-159. La cita en p. 154.

¹¹ Simone de BEAUVOIR, *La vejez...* cit., p. 113. La misma idea se repite en el plano metodológico, como en el siguiente pasaje, desconcertante en principio para cualquier historiador: “Utilizaré esos datos sin preocuparme de la cronología. El gran número de ideas hechas que hemos encontrado sobre la vejez es una realidad transhistórica. Es cierto que la condición de viejos no es la misma en todos los tiempos, pero a través de esta diversidad se afirman constantes que me autorizan a comparar ciertos testimonios sin consideración de fechas”, p. 349.

remita más a una preceptiva moral y psicológica sobre la mejor forma de envejecer y el sentido de esa etapa vital que a análisis históricos y sociológicos propiamente dichos. Ese amplio conjunto de reflexiones -algunas breves, otras sistemáticas- es desde luego útil para estudiar los discursos sobre el buen modo de envejecer pero, en razón de su propia estabilidad propositiva, ilumina sólo marginalmente la situación real de los viejos en cada período histórico.¹²

En tercer lugar, e íntimamente vinculado con lo anterior, la vejez carece de una épica narrativa ya que no ha constituido un actor colectivo y, por tanto, no hay en su devenir histórico acciones que permitan definir una trama, al menos hasta épocas relativamente recientes. En efecto, las manifestaciones de grupos organizados capaces de actuar en nombre de dicho colectivo se vinculan, una vez más, con la emergencia de la jubilación a gran escala a mediados del siglo XX¹³ y, en otro plano, con los movimientos en favor de la educación de dicho grupo como los de la universidad de la tercera edad. Podría afirmarse, parafraseando a Marx, que hasta mediados del siglo XX (o antes en contextos particulares) los viejos constituyeron una suerte de “clase de edad en sí” pero no “para sí”. En los hechos, la emergencia como actor político o institucional, aunque ciertamente marginal, está asociada con el gerenciamiento de la población jubilada durante la etapa en que el Estado de Bienestar universaliza dicho beneficio. La crisis posterior de los sistemas jubilatorios, debida sólo en parte al envejecimiento demográfico, supuso en muchos casos cambios particulares -como ocurrió por ejemplo con los movimientos de jubilados a partir de los años noventa- pero no alteró sustancialmente la asociación constitutiva entre el retiro jubilatorio y la visibilidad política de la vejez.

A diferencia de la juventud, percibida con frecuencia como una “clase peligrosa”, la vejez en tanto grupo -no hablamos, desde luego, de personas de edad en tanto individuos- no ha constituido un actor en la dialéctica de la historia. Es precisamente ésta la razón principal de la imposibilidad de escribir una historia de la vejez para Simone de Beauvoir, ya que “el viejo, en tanto categoría social, nunca ha intervenido en el mundo. [...] El problema negro, se ha dicho, es un problema de blancos; el de la mujer, un problema masculino; pero la mujer lucha por conquistar igualdad, los negros pelean contra la opresión; en cambio los viejos no tienen ningún arma y su problema es estrictamente un problema de adultos activos.”¹⁴

En cuarto lugar, la vejez no ha tenido, por regla general, ritos de pasaje que permitan definir con claridad su momento de inicio (va de suyo que, a diferencia de otras edades, como la niñez o la juventud, no hay en la vejez ritos de salida). Mientras el inicio de la juventud reconoce ritos en prácticamente todas las sociedades, la vejez carece de ritos universales, tanto en los amplios términos de la comparación intercultural como en relación a los individuos de una sociedad en un momento dado ya que algunos ritos ligados a la nupcialidad (como por ejemplo las bodas de plata y oro propuestas por Philippe Ariès) resultan de escasa significación cultural y también cuantitativa.¹⁵ Lo anterior pone de manifiesto otra faceta del retiro jubilatorio, la de constituir un hito de demarcación del

¹² En efecto, las imágenes positivas y negativas sobre el modo de envejecer constituyen un conjunto más o menos estable, lo que no impide desde luego que su combinación tiña con tonalidades diferentes cada período histórico.

¹³ Por ejemplo, Mario MARGULIS, “Envejecimiento y pobreza: La movilización de los jubilados”, *Actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población*, México, ABEP, CELADE, IUSSP, PROLAP, SOMEDE, vol. 1, 1993.

¹⁴ Simone de BEAUVOIR, *La vejez...* cit., p. 109. Otras afirmaciones de la autora -por ejemplo la que considera a la vejez como un problema exclusivo de los hombres, p. 110- han perdido parte de su vigencia a la luz de las transformaciones sociales posteriores.

¹⁵ “Une histoire de la vieillesse? Entretien avec Philippe Ariès”, *Communications*, 37, 1983, pp. 47-54, p. 49. Existe versión española: “¿Una historia de la vejez? Entrevista”, *Archipiélago*, 44, 2000, pp. 50-60.

fin de la vida activa y por añadidura -tanto en parte del imaginario social como en parte de la producción existente- de inicio de la vejez. Como es sabido, la homologación entre ambos hitos del ciclo de vida ha ido perdiendo importancia gracias a los avances de la salud, ya que el aumento de la esperanza de vida ha ido alejando el momento de inicio de la vejez de la edad de retiro jubilatorio. Ello ha dado lugar a la emergencia de nuevos grupos etarios, como la tercera y la cuarta edad, que han recibido considerable atención de parte de sociólogos y gerontólogos.¹⁶ Durante la etapa prejubilaria, en cambio, la vejez se asoció con dos factores íntimamente ligados entre sí, el estado de salud de las personas y el fin de la vida laboral. Éste dependía a su vez del estado de salud (las personas trabajaban por regla general mientras la salud lo permitía) y del nivel de riqueza de las personas. Ambos factores se declinan social e individualmente, lo que impide definir un momento claro de inicio de la vejez.

Es precisamente este complejo conjunto de elementos el que ha dado lugar a los debates sobre la edad cronológica de inicio de la vejez, debate de vital importancia ya que las operacionalizaciones propuestas resultan determinantes para la medición estadística de la proporción de ancianos y del nivel de envejecimiento de la población. En apretada síntesis, el debate supone elegir una edad cronológica en años a partir de la cual considerar como viejos a los habitantes y, sobre todo, definir si ese umbral es fijo (es decir, válido para todo tiempo y lugar) o móvil. Los partidarios de esta segunda opción, a todas luces más consistente, consideran que los cálculos deben incorporar las mejoras de la salud y los aumentos de la esperanza de vida ya que ambos factores suponen un retraso de la edad de inicio de la vejez.¹⁷ Si bien estos debates surgieron sobre todo en relación con la teoría del envejecimiento demográfico, resulta claro que el problema del inicio de la vejez es un punto de muy difícil resolución en los estudios históricos.

Otro factor influyente es que una parte sustantiva de las teorías sobre la vejez proviene de la literatura gerontológica actual y, de tal suerte, resulta de difícil aplicación al pasado. A ello se suma que, como sostiene Sánchez Salgado, tales teorías buscan “explicar el proceso de envejecimiento y dilucidar porqué algunas personas envejecen exitosamente y otras no” pero ninguna “explica en forma comprensiva la vejez en la sociedad” y “tampoco son universales.”¹⁸

El estudio de la vejez supone, por último, abordar algunos de los problemas generales de su caracterización como clase de edad, independientemente de que se realice un uso fuerte o débil del término.¹⁹ El concepto de clase de edad presenta tanto ventajas como inconvenientes. Entre las primeras, se destaca el hecho de que la edad, al igual que otros demarcadores clásicos como el sexo o la ocupación, constituye un criterio de diferenciación

¹⁶ La referencia obligada es, desde luego, el trabajo de Peter LASLETT, *A Fresh Map of Life: the Emergence of the Third Age*, Harvard University Press, 1991, obra que no escapa, en la visión de algunos de sus comentaristas, al carácter normativo de lo que debería ser una buena vejez.

¹⁷ El problema de los umbrales de medición ha suscitado una amplia producción. Ver por ejemplo Alain BIDEAU, Patrice BOURDELAIS y Jacques LÉGARÉ (dir.), “De l’usage des seuils. Structures par âges et âges de la vie”, *Cahiers des Annales de Démographie Historique*, 20, 2000.

¹⁸ Carmen D. SÁNCHEZ SALGADO, *Gerontología social*, Buenos Aires, Espacio, 2005, p. 109. La falta de bases teóricas también ha sido destacada por David S. REHER, “Vejez y envejecimiento en perspectiva histórica: retos de un campo en auge”, *Política y Sociedad*, Madrid, núm. 26, 1997, pp. 63-71, p. 64.

¹⁹ Como en toda clase hay un uso fuerte (“estructuración”) y un uso débil (“estratificación”) del concepto. La mayor parte de los autores hace un uso más bien débil, es decir sin definir su alcance y de manera básicamente descriptiva. Es evidente además que “con la notable excepción de la gerontología, las divisiones horizontales de la sociedad como cohorte, grupo de edad y generación han recibido considerablemente menos atención que las divisiones verticales de clase, género y etnicidad”. Chris GILLEARD y Paul HIGGS, “The Third Age and the Baby Boomers. Two approaches to the Social Structuring of Later Life”, *International Journal of Ageing and Later Life*, 2 (2), 2007, pp. 13-30. La cita en p. 14.

o incluso de estratificación, complementario o alternativo a la clase social.²⁰ Va de suyo además que toda forma de estratificación supone un principio de jerarquía, en cierto sentido más clara en las clases de edad que en las sociales. En efecto, las primeras (niños, jóvenes, ancianos) se definen a partir de su dependencia en relación con los adultos, cuya existencia como clase de edad es concebida como una suerte de universal auto evidente y que no requiere estudios particulares, como lo sugiere en otra clave el concepto de adultocentrismo.²¹

Entre los inconvenientes del concepto, además de los problemas heurísticos y metodológicos ya evocados, se incluyen dos aspectos básicos. En primer lugar, la pregnancia de la edad como criterio de estratificación social es el resultado de una construcción histórica asociada, en el caso de la vejez, con la transición demográfica (aumento de la expectativa de vida) y con las modificaciones del régimen laboral (sistemas jubilatorios). Dicho de otro modo, el concepto de clase de edad -en su sentido más fuerte- resulta más aplicable para sociedades más complejas y para la historia más reciente que para la etapa previa a la generalización de las jubilaciones. Como lo muestra el análisis de Martin Kohli:

“la modernización que conocieron los países occidentales en los últimos tres siglos fue acompañada de una *institucionalización del curso de la vida*: la edad cronológica devino más influyente en la definición de las etapas de la existencia, lo que trajo aparejado una *normalización* del itinerario de vida, visible por ejemplo en la menor dispersión de las edades al matrimonio o del fin de la actividad. Esta evolución está ligada al lugar central ocupado desde entonces por el trabajo asalariado y a la partición de la existencia en tres etapas que fue progresivamente puesta en forma por el sistema escolar y los sistemas de retiro: una fase de preparación para el trabajo, un período de actividad y una fase de retiro.”²²

En segundo lugar, y parafraseando la conocida frase de Pierre Bourdieu sobre la juventud, la vejez es sólo una palabra en razón de la notable heterogeneidad que comporta toda clase definida exclusivamente en base a criterios etarios.²³ El problema de la heterogeneidad es, sin embargo, mucho mayor en la vejez que en la juventud debido a su mucha mayor extensión temporal (puede involucrar desde individuos que apenas pasan la cincuentena a centenarios) y porque depende estrechamente de los niveles de salud (la morbilidad general puede acelerar o retrasar la edad biológica de las personas), dimensión que -salvo excepciones- es implícitamente constante en la juventud. A ello

²⁰ Sobre la teoría de estratificación por edad ver el clásico trabajo de Matilda W. RILEY, Marilyn JOHNSON y Anne FONER, *Aging and Society, vol. III. A Sociology of Age Stratification*, New York, 1972. Por regla general, los críticos de esta teoría consideran que “su analogía con la clase social exagera el poder de la posición social por edad para explicar la distribución de las recompensas en la sociedad”. Carmen SÁNCHEZ SALGADO, *Gerontología Social...* cit., p. 91. Más claro aún, no existe una homogeneidad derivada de la membresía de cohorte -concepto básico de Riley- ya que la clase social, la etnia y el género serían más importantes.

²¹ Sobre el concepto de adultocentrismo, entendido como forma de dominación ejercida por los adultos sobre las restantes clases de edad, ver Eugenio GUTIÉRREZ y Patricio RÍOS, *Envejecimiento y campo de edad...* cit., p. 31. Esa centralidad explica por otra parte que nadie haya concebido la idea de escribir una historia de los adultos como sí la hay de los niños y de los viejos.

²² Martin KOHLI, “The World we forgot: a historical review of the life course”, Víctor MARSHAL (ed.), *Later life. The Social Psychology of Aging*, Beverly Hills, Sage, 1986, analizado por Vincent CARADEC, *Sociologie de la vieillesse et du vieillissement*, Paris, Armand Colin, 2004, p. 12. Las cursivas son de este último autor; la traducción es nuestra.

²³ Pierre BOURDIEU, “La juventud no es más que una palabra. Entrevista con Anne-Marie Métaillé”, *Juventud y primer trabajo*, París, Asociación de Todas las Gentes, 1978, pp. 520-530; reeditado en *Cuestiones de Sociología*, Éditions de Minuit, 1992, pp. 143-154.

se suma la heterogeneidad social en el sentido más clásico del término ya que la vejez incluye a individuos de muy diferentes niveles socio-económicos, niveles que además son definitivos en la mayoría de los casos ya que se ha recorrido lo esencial del ciclo laboral.²⁴ El problema se diluye estadísticamente en las sociedades con sistema de retiro debido a las categorías de jubilado o pensionado, categorías que suspenden artificialmente la situación de clase de las personas. A ello se suma que, tanto en el pasado como en el presente, “resulta muy problemático, y a menudo muy contraproducente, intentar aislar a los ancianos del resto de la sociedad como objeto de estudio” ya que “sus papeles dependen de los contextos en los que su existencia se inserta y cobra sentido”, problema que, una vez más, no es específico pero sí más grave en la vejez.²⁵

Por una historia de la vejez

Última fase en aparecer con contornos más definidos, la vejez ha sido también la última en desarrollarse historiográficamente a lo que se suman los problemas mencionados en la sección precedente. Su instalación como campo temático ocurrió en la década de 1980, en paralelo -aunque no necesariamente en comunicación- con desarrollos en otras disciplinas, como la antropología de la edad, y cobró mayor impulso en el decenio siguiente. Como en otras áreas de la historia de la población, se trata de una producción básicamente francesa y anglosajona y, en menor medida, también española.²⁶

Dos rasgos ya mencionados (las dificultades heurísticas y la lentitud de las modulaciones históricas de la vejez) explican buena parte de las características dominantes de la producción. En primer lugar, su inscripción en una larga duración plurisecular con predominio de períodos antiguos. Al igual que la historia de las mentalidades y los imaginarios, las variaciones de la vejez se aprecian mejor en períodos amplios, extensión temporal que permite compensar además las lagunas y rareza de las fuentes. La producción ha priorizado tres momentos fuertes -la antigüedad clásica, el Renacimiento y el siglo XVIII- períodos en los que ha abundado, comparativamente a otras etapas, la reflexión sobre el status de la vejez.²⁷ En segundo término, la importancia de las fuentes cualitativas

²⁴ La heterogeneidad social de la vejez, y por ende la dimensión conflictiva tanto en el plano macro como micro demográfico, es el argumento principal de la economía política de la vejez de inspiración marxista pero esa constatación de base es compartida por múltiples autores independientemente de ese marco teórico.

²⁵ David S. REHER, “Vejez y envejecimiento...” cit., p. 64.

²⁶ Otro rasgo sintomático de los trabajos ha sido la importancia de las compilaciones más que de libros unitarios, lo que revela en cierto modo la dificultad de armar un relato o un panorama de conjunto que vaya más allá del estudio de caso. Por razones de espacio priorizaremos aquí la referencia, desde luego no exhaustiva, a los principales libros existentes dejando de lado los artículos y otras producciones. Ejemplos del interés del tema en los años ochenta son, entre otros, el congreso organizado por el Institut National d'Études Démographiques de Francia: INED, CNRS, *Les âges de la vie. Actes du VIIème Colloque National de Démographie*, Paris, 1982-1983, dos tomos y el número especial de *Annales de Démographie Historique*, consagrado al tema “*Vieillir autrefois*”, Paris, 1985. Sobre el caso español ver los trabajos de Luis SÁNCHEZ GRANJEL, *Los ancianos en la España de los Austrias*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1996; *Historia de la vejez. Gerontología, Gerocultura, Geriatria*, Universidad de Salamanca, 1999; Francisco GARCÍA GONZÁLEZ (comp.), *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha. Con alcance espacial más amplio, debe mencionarse también a Víctor ALBA, *Historia social de la vejez*, Barcelona, Laertes, 1992.

²⁷ Entre las principales referencias sobre la historia de la vejez antes de la edad contemporánea se encuentran: Georges MINOIS, *Histoire de la vieillesse, de l'Antiquité à la Renaissance*, Paris, Fayard, 1987, que intenta responder al desafío lanzado por Simone de Beauvoir sobre la imposibilidad de escribir la historia de la vejez; Jean-Pierre BOIS, *Les Vieux. De Montaigne aux premières retraites*, Paris, Fayard, 1989; *Histoire de la vieillesse*, Paris, PUF, 1994; Lynn BOTELHO y Pat THANE (eds), *Women and Ageing in British Society since 1500*, Essex,

ha dado lugar a una producción más centrada en las representaciones sobre la vejez que en las situaciones efectivamente vividas por los ancianos, problema común a todo el conocimiento histórico pero que adquiere probablemente mayor gravedad en este campo, como lo sugiriera el propio Philippe Ariès.

Razones análogas explican la menor importancia de las fuentes puramente cuantitativas aunque éstas ocupan, desde luego, un lugar a todas luces imprescindible para fijar los parámetros de base. La producción proveniente de la demografía histórica más clásica, con su impronta necesariamente medicionista, ha partido del estudio de la mortalidad, habida cuenta del rol decisivo que tuvo la baja de ese fenómeno demográfico como disparador del proceso de la transición demográfica y de los cambios de las proporciones de ancianos en cada momento histórico. La importancia de este fenómeno está lejos de reducirse a la variación estadística de los indicadores de mortalidad ya que también resultan fundamentales los cambios socio-culturales producidos por el aumento de la esperanza de vida a edades adultas, tanto en relación con el ciclo de vida como con los roles de los ancianos y la familia en general.²⁸ La producción de naturaleza más cualitativa, por su parte, ha incluido un amplio abanico de fuentes, desde las imágenes hasta el registro escrito, pero con neto predominio de este último. Esta disparidad es mucho mayor en países nuevos, como la Argentina, donde el repertorio visual tiene menor densidad, tanto en términos de la duración histórica en la que se lo puede rastrear, como en relación con la variedad y originalidad de los temas abordados.²⁹

La combinación entre fuentes estadísticas (padrones, censos, registros vitales, archivos hospitalarios, etc.) y cualitativas, o entre enfoques demográficos e ideacionales, aunque fructífera, ha generado debates y controversias bien conocidas, no sólo en relación a cuál o cuáles de las dimensiones de lo real tiene prioridad explicativa, problema teórico no falsable, sino también acerca del nivel de prueba y la representatividad de los resultados.³⁰ El problema se plantea en razón de la pluralidad de significados atribuibles al registro cualitativo pero sobre todo de su discutible representatividad social, espacial y de género, obstáculos particularmente críticos cuando se analizan clases de edades. A título de ejemplo, es posible encontrar representaciones positivas o negativas sobre la vejez en todos los períodos históricos pero resulta más difícil definir el tono general de una época, salvo cuando las fuentes son muy abundantes y siempre a riesgo de simplificaciones. Este imposible *partage* constituye probablemente el principal obstáculo para la historia de

Pearson Education Ltd., 2000; Susannah O. OTTAWAY, *The Decline of Life. Old Age in Eighteenth Century England*, Cambridge University Press, 2004; Erin J. CAMPBELL (dir.), *Growing Old in Early Modern Europe: Cultural Representations*, Aldershot, Ashgate, 2006; Colette H. WINN y Cathy YANDELL (dir.), *Viellir à la Renaissance*, Paris, H. Champion, núm. 62, 2009.

²⁸ Ejemplos de ello en Arthur E. IMHOF, Jean-Pierre GOUBERT, Alain BIDEAU [et.al.], *Le vieillissement, implications et conséquences de l'allongement de la vie humaine depuis le XVIIIe siècle*, Lyon, PUL, 1982; y el remarcable texto de Peter LASLETT, "Necessary Knowledge: Age and Aging in the Societies of the Past", David KERTZER y Peter LASLETT (eds.), *Aging in the Past: Demography, Society and Old Age*, The University of California Press, Scholarship, 1995.

²⁹ Un ejemplo de esta perspectiva en Patrick MCKEE y Heta KAUPPINEN, (éds.), *The Art of Aging. A Celebration of Old Age in Western Art*, New York, Human Sciences Press, 1987.

³⁰ El uso de fuentes cualitativas es desde luego generalizado en la mayoría de los trabajos aquí citados. Entre los que se basan en corpus específicos de textos, como los literarios ver, por ejemplo, David G. TROYANSKY, *Old Age in the Old Regime. Image and Experience in Eighteenth Century France*, Ithaca, Cornell University Press, 1989; y Geneviève ARFEUX-VAUCHER, *La vieillesse et la mort dans la littérature enfantine de 1880 à nos jours*, Paris, Imago, 1994. Un buen análisis de las críticas que pueden dirigirse a estos enfoques desde la perspectiva estructural, con referencia al caso de Troyansky, Peter LASLETT, "Necessary Knowledge..." cit. La producción histórica sobre el particular es muy escasa en el caso argentino. Una excepción es el análisis de textos escolares de María Julieta ODDONE, "La vejez en la educación básica argentina", Leopoldo SALVAREZZA (comp.), *La vejez. Una mirada gerontológica actual*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

la vejez, al menos cuando se tiene en el horizonte el ideal de representatividad de los resultados del enfoque demográfico, pretensión esencial que ciertamente no debería dejarse de lado. Lo mismo ocurre con el estudio biográfico, “prisma privilegiado para preguntarnos ¿cómo se puede *construir* una vida?”, según la clara expresión de García González, aunque aquí las debilidades se compensan por la gran riqueza de dimensiones que esta técnica permite poner en juego, sobre todo cuando la biografía reconstruida puede ser incluida en alguna tipología más abarcadora sobre el nivel de representación del caso estudiado, como la que propone Giovanni Levi.³¹

Vista en clave más propiamente socio-histórica, han predominado dos grandes corrientes interpretativas. Por un lado, la teoría de la modernización, basada en la sociología funcionalista y anglosajona, que postula el paso de una suerte de edad de oro de la vejez a la progresiva pérdida de status de los ancianos, fenómeno inducido por cuatro macro procesos convergentes: la evolución demográfica, en particular el aumento de la esperanza de vida derivado de las mejoras en la tecnología sanitaria; la industrialización; la urbanización, y los cambios educativos producidos por la educación de masas, que tienden a favorecer la obsolescencia de la formación de los viejos frente a las nuevas generaciones.³²

Por otro, las interpretaciones históricas, sobre todo francesas y de corte ideacional, que proponen una evolución opuesta, según la cual la situación de la vejez habría mejorado de manera sustantiva en el largo plazo, en particular a partir del *tournant* positivo del siglo XVIII. Durante esa centuria, la imagen agustiniana de la vejez como etapa de retraimiento de la vida para dedicarse al servicio de Dios, fue reemplazada por la moderna concepción de retiro como descanso y derecho por el trabajo previo, lo que suponía en buena medida un retorno a la visión ciceroniana. Ello fue reforzado por el impacto de la Revolución de 1789, que instauró la Fiesta de los ancianos y la imagen del anciano liberal, en contraposición con el anciano tirano de la monarquía absoluta, y sobre todo por el énfasis en el rol de la familia propio de la burguesía. Una vez más, la comparación de largo plazo entre la Ilustración y los períodos precedentes permite postular cambios ideacionales en una centuria ya visitada por muchas otras revoluciones económicas y socioculturales.³³

Ambas tesis, o para ser más precisos, ambos conjuntos de interpretaciones, no deberían ser vistos de manera necesariamente antagónica, habida cuenta de la variedad de dimensiones que involucran. Dejando de lado la tentación evolucionista, siempre presente en la historiografía occidental, el cambio histórico de largo plazo debe ser concebido como una sumatoria muy compleja de ganancias y de pérdidas en la situación de los ancianos, es decir como un balance general necesariamente matizado, variable en cada contexto histórico y en cierto sentido inconmensurable.

Otro rasgo a combatir es lo que Isidro Dubert ha definido como “modelos de análisis de corte patológico”, entendiendo por tal aquellos estudios en los que los ancianos son sistemáticamente asociados a situaciones negativas como la marginalidad, la enfermedad,

³¹ Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, *Vejez, envejecimiento y sociedad...*, cit., p. 28. Giovanni LEVI, “Les usages de la biographie”, *Annales Économies, Sociétés, Civilisations*, Paris, 6, 1989, novembre-décembre, pp. 1325-1336.

³² La referencia clásica a la tesis funcionalista es Donald COWGILL, “Aging and Modernization: a revision of the theory”, Jaber F. GUBRIUM (ed.), *Late Life: Communities and Environmental Policy*, Springfield, Illinois, Charles C. Thomas Publisher, 1974, pp. 123-145.

³³ Una de las primeras refutaciones de la tesis funcionalista es Peter N. STEARNS, *Old Age in European Society*, New York, Holmes and Meier, 1977. El giro positivo del siglo XVIII es analizado por Jean-Pierre GUTTON, *Naissance du vieillard: Essai sur l'histoire du rapport entre les vieillards et la société en France*, Paris, Aubier, 1988; Vincent F. GOURDON, *Histoire des grands-parents*, Paris, Perrin, 2001; Pat THANE, *Old Age in English History: Past Experiences, Present Issues*, Oxford University Press, 2002. Con énfasis en aspectos más puntuales, el siglo XVIII ha sido visitado también en otros espacios como las colonias americanas, como en el caso de David Hackett FISCHER (1977), *Growing Old in America*, New York, Oxford University Press, 1977.

el abandono, la pobreza o el aislamiento, fenómenos que desde luego forman parte del objeto de estudio pero que deben ser contextualizados en términos de la incidencia estadística y cultural que tuvieron en el conjunto de la sociedad.³⁴

En el caso argentino, al igual que en el resto de América Latina, si bien existen algunas referencias aisladas, los aspectos propiamente históricos de la vejez han recibido muy escasa atención, opacados por el envejecimiento demográfico, fenómeno que la Argentina conoce, de modo claro y creciente, desde inicios de la década de 1970. Este vacío historiográfico, que remite sobre todo a la situación de los viejos y a la percepción de la vejez, se completa sin embargo con una mayor preocupación por la emergencia del sistema previsional y la asistencia a los ancianos, aspectos sobre los que existe una producción de interés.³⁵ Con todo, se evidencia un marcado retraso en relación a otras etapas de la vida como la infancia y la juventud.

Llegados a este punto, resulta evidente que la agenda de investigación sobre la historia de la vejez en la Argentina es particularmente amplia y que requiere un abordaje multidisciplinario y colectivo. Como hemos visto, tres temas se imbrican íntimamente en el estudio de los adultos mayores: la vejez, en tanto etapa vital o clase de edad; la situación real de los ancianos, de más difícil estudio y, a partir de determinado momento histórico, el envejecimiento de la población, en tanto fenómeno demográfico. Cada uno de estos temas tiene desde luego su propia historia y sus características. Mientras los dos primeros se inscriben en la larga duración y en una perspectiva de tipo representacional, el último constituye un fenómeno de más reciente data, con referentes teórico-metodológicos y temas de indagación más estructurados, a lo que no es ajeno su fuerte imbricación con la agenda política y de financiamiento de los organismos internacionales.

Por tal razón, resulta conveniente proponer una guía de investigación susceptible de desarrollos empíricos en el caso argentino para los dos primeros temas. Dado el vacío historiográfico mencionado, dicha agenda -al igual que los proyectos particulares derivados de ella- deben ser forzosamente de carácter exploratorio y combinar, en la medida de lo posible, la escala nacional con estudios de caso ya que algunos aspectos sólo pueden abordarse en la escala micro. Como es sabido, los estudios exploratorios buscan generar problemas de investigación más que responderlos, lo que constituye otra diferencia crucial entre la historia de la vejez y la teoría del envejecimiento. La agenda propuesta es además esencialmente histórica ya que no incluye todas las preguntas provenientes de otros campos, como por ejemplo la gerontología. Por razones heurísticas, nos concentraremos en el período estadístico, pero va de suyo que la mayoría de las temáticas puede extenderse con provecho a etapas precedentes. La menor profundidad histórica de la indagación en el caso rioplatense (como vimos, el tema se presta más a la indagación plurisecular) no debería constituir un problema insalvable como lo muestran aquellos trabajos que se inscriben exitosamente en la mediana duración.³⁶

³⁴ Isidro DUBERT, "Vejez, familia y reproducción social en España, siglos XVIII-XX", *Revista de Demografía Histórica*, XXVII, II, 2008, pp. 87-122. La cita en p. 92.

³⁵ El sistema de jubilaciones y pensiones -originalmente limitado a grupos específicos del ámbito estatal y de gremios importantes, como los ferroviarios- ha sido estudiado, entre otros, por Ernesto ISUANI, *Los orígenes conflictivos de la seguridad social argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1985; Jorge FELDMAN, Laura GOLBERT y Ernesto ISUANI, *Maduración y crisis del sistema previsional argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1988; Luciana ANAPIOS, "La ley de jubilaciones de 1924 y la posición del anarquismo en la Argentina", *Revista de Historia del Derecho*, Buenos Aires, núm. 46, julio-diciembre 2013, pp. 27-43. Sobre las formas de asistencia en general, aunque con referencias particulares a los ancianos, ver José Luis MORENO, *Éramos tan pobres... De la caridad colonial a la Fundación Eva Perón*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009 y Ricardo GONZÁLEZ LEANDRI, Pilar GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS y Juan SURIANO, *La temprana cuestión social. La ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2010.

³⁶ Como lo muestran, por ejemplo, los trabajos de Agnès THIERCÉ, *Histoire de l'adolescence (1850-1914)*, Paris,

La vejez es, ante todo, una realidad mensurable tanto a partir de la estadística descriptiva como del análisis demográfico (técnicas de evaluación y corrección de edades, tasas de actividad por edad, relaciones de masculinidad, índices de dependencia, indicadores clásicos y alternativos de envejecimiento de la población, etc.), para lo cual existen tabulados pertinentes en los censos nacionales de población (1869, 1895, 1914 y 1947). La reconstrucción de las estructuras de edades (tanto *per se* como mediante su análisis conjunto con otras variables disponibles, como el sexo, el estado civil, el origen nacional, etc.) para unidades de análisis de diferente escala (nacional, provincial, departamental) es esencial para definir el contexto general de las investigaciones y permite aprovechar tabulados censales que no han sido utilizados de modo sistemático hasta el presente. A partir de ello es posible definir diversas geografías de la incidencia, tanto absoluta como proporcional, de la vejez y de sus factores determinantes: la mortalidad y la natalidad, desde luego, pero también las migraciones, tanto de nativos como de extranjeros. Como lo muestran numerosos estudios, la presencia demográfica de los ancianos en el pasado experimentó variaciones coyunturales y espaciales importantes sin necesidad de mediar necesariamente un proceso de envejecimiento en el sentido habitual del término y ello a pesar de la estabilidad global del régimen demográfico pretransicional.³⁷

El análisis cuantitativo exige asimismo ir más allá de la contabilidad de las personas e indagar en las representaciones estadísticas existentes en cada período histórico sobre las clases de edades, tema sobre el que existe una reflexión considerable en diversas disciplinas. Ello supone abordar la metrología de la edad, aspecto que incluye el valor dado por las personas a esa variable (en términos generales bastante escaso durante el período colonial) como las clasificaciones de las etapas del ciclo vital y los criterios de medición impulsados por los censos y otros relevamientos estadísticos a partir del siglo XVII. Supone incursionar asimismo en los debates de los contemporáneos sobre la edad de inicio de la vejez y sobre los criterios que la definen. En este último caso, cobran importancia central los criterios económicos, sea los ligados al mundo del trabajo de los adultos mayores, sea los vinculados al consumo, y el hecho de que la vejez ha tendido a ser definida de manera negativa (es decir, a partir de sus carencias en relación con el mundo adulto) como lo testimonia el concepto de clase pasiva.³⁸

Otro punto clave del análisis remite a la mortalidad, fenómeno capital para la consolidación de la vejez como una etapa de visibilidad creciente, tanto en las interpretaciones estructurales como en las ideacionales. Aunque la evolución de la mortalidad es conocida en términos generales, es muy poco lo que sabemos sobre aspectos relevantes como la estacionalidad, los diferenciales y las causas de mortalidad en la vejez. Más allá de los indicadores cuantitativos, a todas luces esenciales, debe avanzarse también en el significado sociocultural de llegar a viejo en contextos caracterizados por elevados

Belin, 1999; y, para el caso que nos ocupa, ÉLISE FELLER, *Histoire de la vieillesse en France, 1900-1960. Du vieillard au retraité*, Éditions Seli Arslan, 2005.

³⁷ Un excelente ejemplo en Marcantonio CALTABIANO, “El envejecimiento demográfico en Italia, siglos XIX-XX: evolución, geografía e implicaciones”, *Revista de Demografía Histórica*, XXVII, II, 2008, pp. 55-86.

³⁸ El tema de las edades de la vida ha sido muy trabajado para los períodos antiguos. Ver entre otros: John Anthony BURROW, *The Ages of Man. A Study in Medieval Writing and Thought*, Clarendon Press, 1986; Danielle CHAUVIN (dir.), *L'imaginaire des âges de la vie*, postface de Gilbert Durand, Grenoble, E.L.L.U.G., 1996; Pauline DECARNE y Damien FORTIN, *Les Âges de la vie de l'aube de la Renaissance au crépuscule des Lumières*, Actes du Journée d'études tenue le samedi 25 juin 2011, Université de Paris-Sorbonne. Aproximaciones al caso argentino en Mónica GHIRARDI, “Las edades de la vida. Niños y ancianos de Córdoba a comienzos del siglo XIX”, Sonia E. COLANTONIO (ed.), *Población y sociedad en tiempos de lucha por la emancipación. Córdoba, Argentina, en 1813*, Córdoba, CIECS, 2013, pp. 341-457; Hernán OTERO, “Representaciones estadísticas de la vejez. Argentina, 1869-1947”, *Revista Latinoamericana de Población*, México, núm. 7, 13, julio-diciembre de 2013, pp. 5-28.

riesgos de mortalidad en todas las edades y por la disminución rápida de los efectivos de una generación. Dado que la vejez supone una edad cronológica medida en años, pero sobre todo una edad biológica que remite al estado de salud, la morbilidad de las edades avanzadas constituye otra dimensión relevante para comprender qué significa sentirse y/o ser percibido como viejo en cada período histórico. La vejez supone asimismo una edad social, relativa tanto al fin o a la disminución del período laboral como a la disolución de vínculos familiares, dos aspectos en los que la morbilidad y la mortalidad resultan igualmente esenciales. Sin el peso que tiene la jubilación en las sociedades modernas -una "muerte social" en los nada eufemísticos términos de Guillemard- el fin del ciclo laboral y la viudez suponen puntos de ruptura en el ciclo de vida, formas de muerte social en esas dimensiones para continuar con la metáfora, sobre los que faltan aún indagaciones sistemáticas.³⁹

En estrecha relación con los niveles de salud, se incluye la actividad laboral de los ancianos que experimentó variaciones considerables en términos de género, clase, y unidades espaciales, destacándose en particular la sistemática mayor continuidad laboral del medio rural. El mundo del trabajo permite, a su vez, ver las ventajas del uso combinado de fuentes estadísticas y cualitativas. Así, mientras las tasas de actividad por edad contribuyen a definir niveles generales del trabajo durante la vejez, el análisis cualitativo brinda la posibilidad de analizar las formas diferenciales de envejecimiento de las personas según las actividades laborales ejercidas. En términos generales, el final de la vida laboral de la población mayor antes de la generalización de los sistemas de jubilación debe ser visto en términos graduales y siguiendo una evolución influenciada por dos factores: el nivel de riqueza personal o familiar y los niveles de salud. Dado que el proceso de reducción laboral en los adultos mayores en el caso argentino ocurrió antes de la generalización de la cobertura jubilatoria, se puede hipotetizar que la transferencia de recursos a los ancianos debió ser garantizada, principalmente, por las familias y por los propios individuos a través de mejoras sustantivas en los niveles de ahorro.⁴⁰

Las representaciones sobre los viejos y la vejez constituyen, como ha sido dicho, una de las áreas centrales de este campo temático e incluyen un amplio conjunto de dimensiones potenciales. Además de la representación performativa del registro estadístico, de notable impacto por su efecto en las mediciones, deben incluirse también las imágenes, desde la pintura hasta el material gráfico en general (diarios, revistas, etc.) de uso problemático y, sobre todo, las representaciones literarias, desde las grandes obras, pasando por el ensayo y la prensa, hasta las variadas formas de la canción y el refranero popular. Como ha sido dicho, este conjunto polimorfo y sugerente presenta dificultades para construir una serie más o menos estable y completa de imágenes, siempre y cuando se pretenda alcanzar cierta representatividad en los resultados. Va de suyo, a su vez, que el registro cualitativo nos informa más de sus productores que de la situación y de los roles reales de los ancianos en la sociedad, pero aun así pueden extraerse elementos de interés. En cualquier caso deben tenerse presentes tres aspectos claves: en primer lugar, que las representaciones sobre un grupo de edad se asocian en clave relacional a las que se tienen sobre el resto de los grupos (así, por mencionar un ejemplo, un período que valoriza positivamente la juventud tenderá a dar menos importancia -al menos relativa- a los viejos).⁴¹ En segundo término, que los ancianos han sido sin excepción el grupo más estereotipado, hecho

³⁹ Anne-Marie GUILLEMARD, *La retraite, une mort sociale. Sociologie des conduites en situation de retraite*, Paris, La Haye, Mouton, 1972.

⁴⁰ Para un análisis más extenso ver Hernán OTERO, "Trabajo y vejez..." cit.

⁴¹ Como lo sugiere el caso americano estudiado por David FISCHER, *Growing Old...* cit., quien postula que el impacto ideológico de las revoluciones americana y francesa habría generado a fines del siglo XVIII un clima de gerontofobia en los jóvenes y la consiguiente pérdida de autoridad de los adultos.

particularmente crítico dada la notable heterogeneidad etaria y social que caracteriza esa clase de edad.⁴² Por último, y en función de lo anterior, debe rehuirse la tendencia dicotómica de evaluar las percepciones sociales en términos positivos o negativos ya que ambos cristales coexisten de manera compleja e inestable.

La vejez es objeto de representaciones culturales amplias pero también de saberes de complejidad creciente y que provienen de campos disciplinares muy variados. En apretada síntesis, se destacan el mundo jurídico, ya que los derechos y obligaciones de las personas experimentan variaciones que recurren a la edad como criterio, tema sobre el que, conforme a lo esperable, existe más producción para el período posterior a la universalización de la jubilación que para el previo.⁴³ En segundo lugar la demografía, ya que como lo demostró la notable exégesis de Patrice Bourdelais, la teoría del envejecimiento se enanca en una historia que retoma, oblitera y cristaliza prejuicios de larga data sobre la población anciana.⁴⁴ Ello puede observarse, por ejemplo, en las perspectivas alarmistas sobre el envejecimiento de la población, contenidas en *Una Nueva Argentina* de Alejandro Bunge,⁴⁵ pero esa conocida evidencia no debería hacernos olvidar otras producciones y canales menos luminosos pero igualmente relevantes. Por último, la vejez es también un objeto de saberes específicos como la geriatría y la gerontología, disciplinas en las que las fuentes y estrategias metodológicas de la historia social de la salud y la enfermedad tienen mucho por investigar y enseñarnos.

Vistos en conjunto, estos saberes permiten comprender la progresiva instalación de la vejez en la agenda política y científica contemporánea y el surgimiento de políticas sociales orientadas hacia ese sector, tanto en términos legales amplios (emergencia de la ancianidad como sujeto de derecho) como de políticas específicas. La atención de los ancianos enfermos y/o abandonados en instituciones en el marco de estrategias de lucha contra la pobreza y la progresiva implementación de sistemas de cobertura jubilatoria constituyen aspectos centrales de este componente sobre los que afortunadamente la producción es algo más consistente pero igualmente necesaria.

Por último, la vejez es un tema inherente a la familia ya que en términos generales, pero sobre todo en los modelos de la Europa meridional, que pueden extenderse a la mayor parte de América Latina, la institución familiar ha sido -y sigue siendo- el principal sostén de la población mayor.⁴⁶ Esta relación, constitutiva y generalizada, no debe hacer olvidar que las relaciones intrafamiliares se vertebran tanto a través de la colaboración entre generaciones como del conflicto. En esa senda, la producción que investiga los conflictos de género de las sociedades patriarcales debería ser acompañada de encuestas históricas sobre los conflictos etarios que involucraron a la población vieja, desde los casos patológicos por su carácter extremo (como el abandono o el gerontocidio) hasta los conflictos normales (estadísticamente hablando) originados por las relaciones de poder y las formas de transmisión intergeneracional de bienes y servicios, ya que la amplia problemática de la herencia -una dimensión menos compleja en principio que la que sugiere la variabilidad de sistemas sucesorios de la Europa preindustrial- implica de modo

⁴² Pat THANE, “La vejez en la historia inglesa”, Isidro DUBERT GARCÍA, Julio HERNÁNDEZ BORGE y José M. ANDRADE CERNADA (coords), “Vejez y envejecimiento en Europa Occidental”, *SEMATA. Ciencias Sociais e Humanidades*, vol. 18, 2006, pp. 13-30.

⁴³ Ver Mariano NOVELLI, *Derechos constitucionales de los ancianos*, Buenos Aires, Dunken, 2006.

⁴⁴ Patrice BOURDELAIS, *L'âge de la vieillesse. Histoire du vieillissement de la population*, Paris, Odile Jacob, Opus, 1977. Un libro capital que, como lo indica su título, se refiere más a la historia del envejecimiento que a la de la vejez.

⁴⁵ Alejandro BUNGE, *Una Nueva Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1984, edición original de 1940.

⁴⁶ Isidro DUBERT, “Presentación al Dossier El envejecimiento poblacional y sus implicancias demográficas”, *Revista de Demografía Histórica*, XXVII, II, 2008, pp. 29-33.

evidente a los ancianos.

Volviendo a la imposibilidad de la historia de la vejez, no cabe duda de que los desafíos son considerables, tanto en relación con los datos del período estadístico -escasos o inexistentes en variables decisivas como la salud o las estructuras familiares y de hogares- como por los sesgos de clase y la ausencia de representatividad global de las fuentes cualitativas. La investigación futura requiere, de modo inexcusable, de la aplicación del arsenal estadístico de la demografía histórica pero debe ir más allá de ella para incorporar las formas de construcción y gerenciamiento político de subpoblaciones, con particular referencia a la historia de las categorías de medición y la historia de la familia. Es precisamente la vastedad de este conjunto de desafíos la que vuelve imprescindible el carácter colectivo de la investigación.